

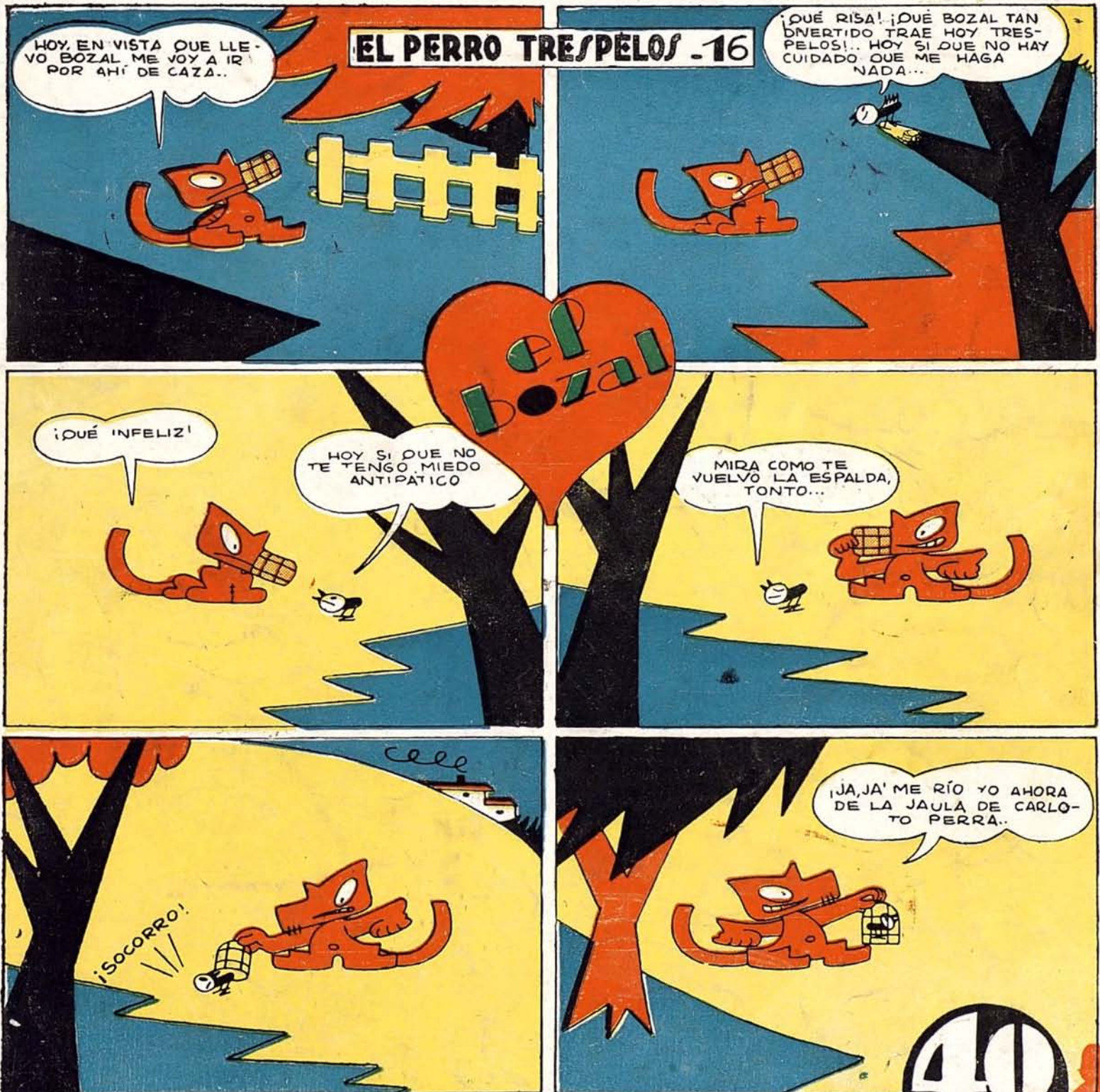
el perro el ratón y el gato...



semanario
de las niñas,

16

los chicos los bi-
chos, las muñecas



El Niño Carloto Perrera va a dar la vuelta a la Tierra



AQUI ME DEJARON LOS GUARDIAS HACE OCHO DIAS, Y ESTOY PASANDO UN HAMBRE...

¡CALLA! VIENE UNA LIEBRE Y NO ME HA VISTO.

PARA LUN... QUANTE

ESTE PERRO SE CREE QUE YO NO TENGO OTRA COSA QUE HACER QUE CORRER.



LA LIEBRE SE HA COLADO. VENIA CIEGO.

CON LA VELOCIDAD HA ENTRADO HECHA TAJADAS GRACIAS A LA JAULA.



ESTABA POR COBRARLE LOS RAYOS.

COMO EL BEBEDERO DE LA JAU LA ES DE CRISTAL, ASO LAS TAJADAS CON LOS RAYOS DEL SOL.



AFORTUNADAMENTE LLEGO LA EPOCA DE LAS LLUVIAS. PARA TAPARME VUELVO LA JAULA.



YA VIENE LA TREMENDA CRECIDA DEL RIO. TRAE HASTA MESAS, SOMBREROS Y SOLARES.



ME AHOGO SIN REMEDIO. ESTE RIO SUBE MAS QUE EL PAN EN MAL AÑO.

SALVEMOS AQUEL CANARIO.

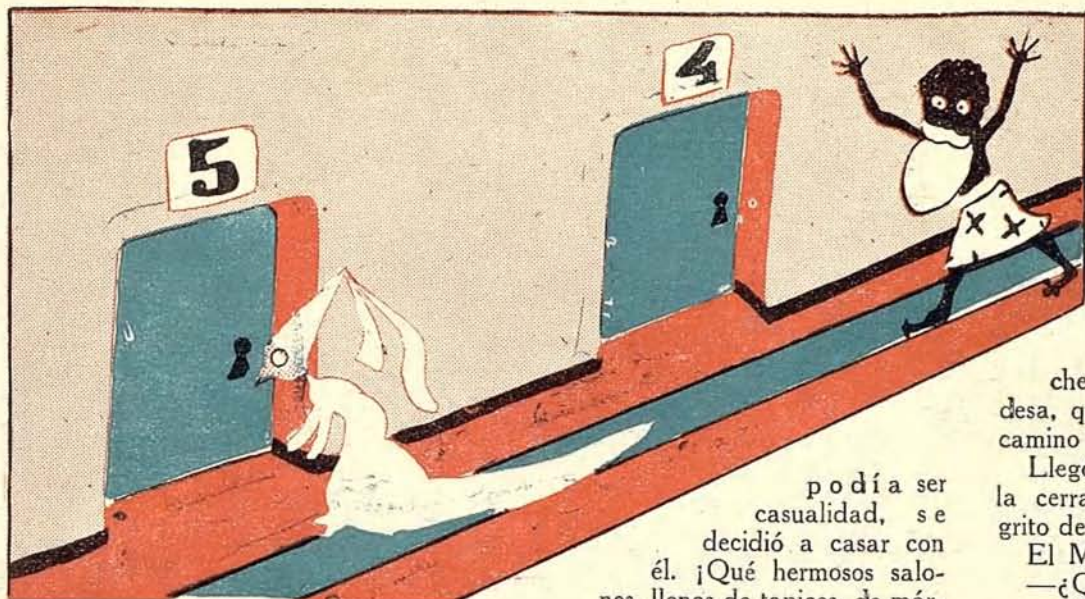
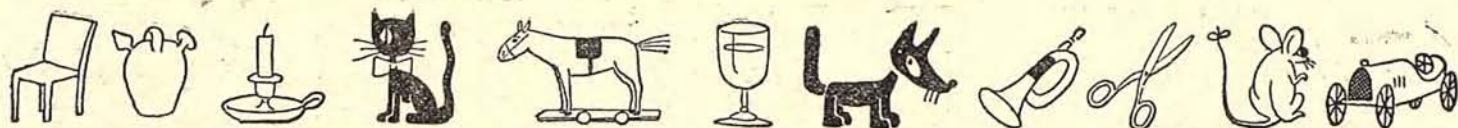


ESTE NIÑO SE HA SALVADO GRACIAS A QUE SOY PROFESORA DE ANIMALES Y PLANTAS.

BUENO, YA NO LE TIRAREMOS, POR QUE TIENE PLANTAS, LAS DE LOS PIES.

TODO TE LO DEBO A TI, JAULITA, PALOMA DE MI CORAZON.

ROBLES-OSCAR



El príncipe Campanilla de Oro era joven, guapo y rico. Tenía los ojos claros y el pelo negro y rizado. Y hasta no sé si sabía leer. Pero, en fin, si no sabía, por lo menos sabía ser secretario. El tenía bastante con saber tirar el puñal para que se clavara en el tronco de un árbol o en un enemigo, dando antes diez, doce, veinte vueltas: las que quisiera.

Se casó con la duquesa Clavel, que era rubia, y la duquesa perdió un ojo al poco tiempo. Ella dijo que era que la había picado una serpiente cuando estaba durmiendo.

El caso es que Campanilla de Oro la vió tan fea que se divorció, aunque ella no quisiera, la pobre.

Después contrajo matrimonio con la marquesa Crisantemo, guapa, morena, que el príncipe había sabido conquistar con arrogancia.

Y sucedió que la bella Crisantemo perdió un ojo porque, según ella, se había metido en él el pico de mármol de su mesilla de noche.

Campanilla de Oro la encontró horrible, y con ella se divorció por la fuerza; para eso era príncipe y señor de su grandioso castillo.

Por último, se enamoró de una linda joven de pelo castaño, la condesa Violeta, y la ofreció su amor, su nombre y su castillo.

La condesa se acordaba de sus dos antecesoras, y sentía verdadero miedo. ¿Qué sería aquello de los dos ojos perdidos?

Pero el caso fué que la duquesa y la marquesa le aseguraron esas curiosas formas de perder sus ojos; y como eso

podía ser casualidad, se decidió a casar con él. ¡Qué hermosos salones, llenos de tapices, de mármoles y de ricos muebles! ¡Qué suntuoso jardín, plantado de boj y de cipreses!...

¡Qué feliz era Violeta, con su marido, en su hermoso castillo!...

Una vez el príncipe tuvo que ir a visitar al rey.

Entonces dijo a la que ya era princesa Violeta:

—Estaré fuera tres días. Todo el castillo queda a tu disposición. De todas las estancias te dejo la llave en este manojo, menos de la quinta puerta del piso sexto. No quiero que sepas lo que hay dentro.

—Lo haré como deseas—dijo ella.

El príncipe partió y la princesa le despidió desde la torre más alta con una servilleta, porque el pañuelo era demasiado chico.

Vió alejarse a Campanilla, y acercarse, al mismo tiempo, a un ser extraño, con cabeza negra y barba blanca. Era un Mago muy bueno.

El Mago habló con el guardián y solicitó hablar con la princesa. La princesa se lo concedió, y él la dijo:

—Alteza: he sabido que dais buenos dineros para que compren los criados comida a los hijos de vuestros obreros del campo, y vuestros criados, no conformes con vuestra generosidad, se quedan con más de la mitad de ese dinero.

—Agradezco muchísimo su advertencia. Desde mañana, yo misma repartiré las monedas Y ya que me habéis sido simpático, quedaos a cenar conmigo. Estoy sola y triste por la ausencia del príncipe.

Charlaron luego, y la gentil Violeta le contó lo de la quinta habitación misteriosa y lo de los ojos de sus antecesoras.

Como era de noche ya, la princesa encargó que le pusieran un cuarto al Mago. Este no se negó, y lo que hizo fué subirse de puntillas al sexto piso y arrinconarse por allí. A media noche

vió lo que esperaba: la condesa, que venía también de puntillas, camino de la puerta quinta.

Llegó, se agachó, acercó un ojo a la cerradura y ahogó un angustioso grito de dolor y de susto.

El Mago la llamó:

—¿Qué os pasa, Alteza?

—¡Ay, me da vergüenza decirlo, porque es un pecado de curiosidad cuya penitencia he sufrido! Una bocanada de aire ha sorbido mi ojo hacia dentro...

—Seguramente ahí están los otros dos ojos, aunque sus antecesoras no quieran confesar su pequeño pecado.

El Mago, entonces, pidió a la princesa un guante, le ató por el botón a un bramante y pegó un papel que decía: "¡Ojos! ¡Meteos en el guante!" Cogió un extremo del cordelillo y lo demás lo metió por el ojo de la cerradura. Los ojos, que eran tres, lo leyeron, porque eran ojos que sabían leer, y se metieron como en un saco. Se tiró de ellos y los salvaron.

Al día siguiente salieron Violeta y el Mago a casa de la duquesa Clavel y de la marquesa Crisantemo. Devolvieron los ojos, que aun valieron, e hicieron la denuncia al rey diciendo que ellas confesaban su pecado de curiosidad; pero que Campanilla de Oro era un cruel.

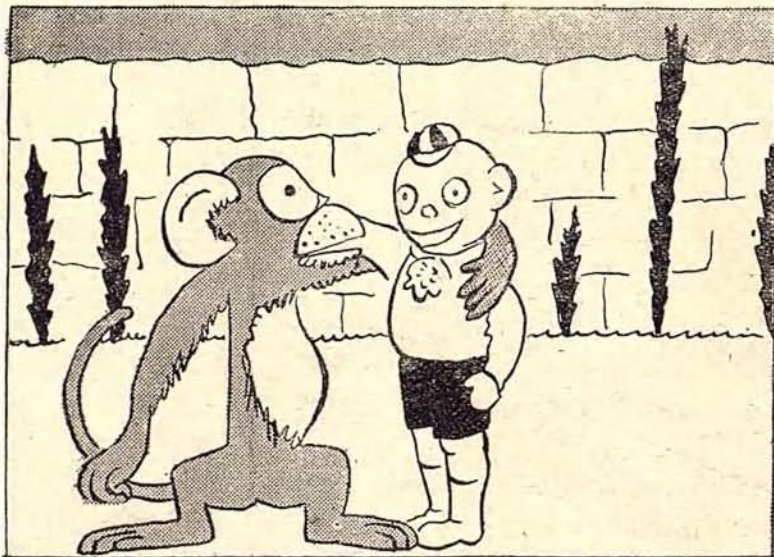
Campanilla fué traído atado codo con codo por los guardias; confesó que era el Mago Curioso, y dijo que aquello lo hacía para castigar a las mujeres, porque eran más curiosas que él, y no le dejaban ser la criatura más curiosa de la tierra.

El rey le encerró un mes en un calabozo para que pagara su crueldad, y el Mago se quedó de centinela el primer día para que cuando Campanilla fuera a mirar por la cerradura recibiera un fuerte papirotazo.

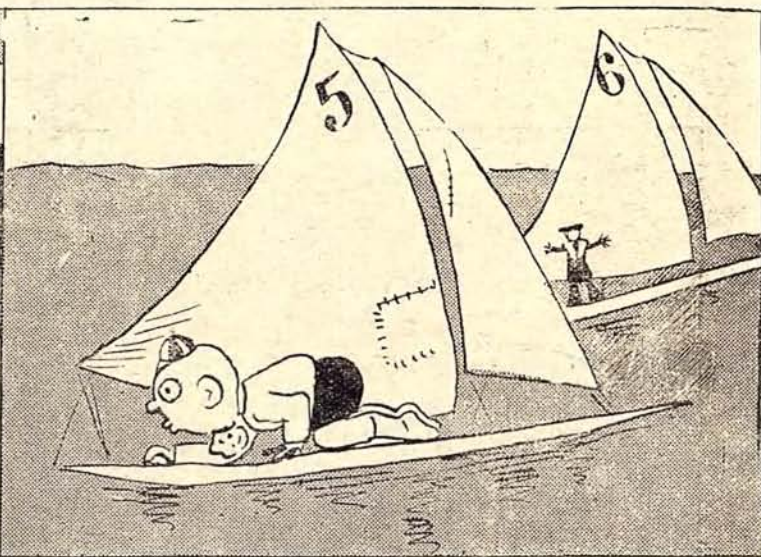
Y en aquella nación se acabaron los curiosos para siempre.

CINCOMANOS

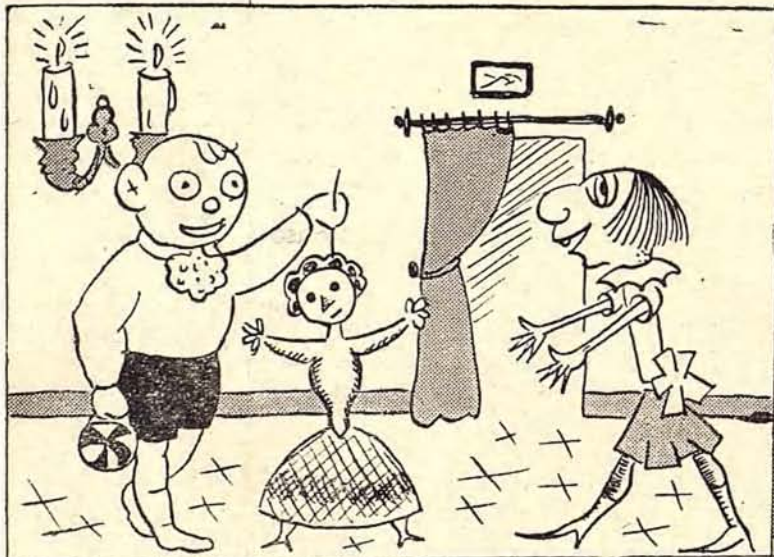
Aleluyas de Pepito Bicicleta



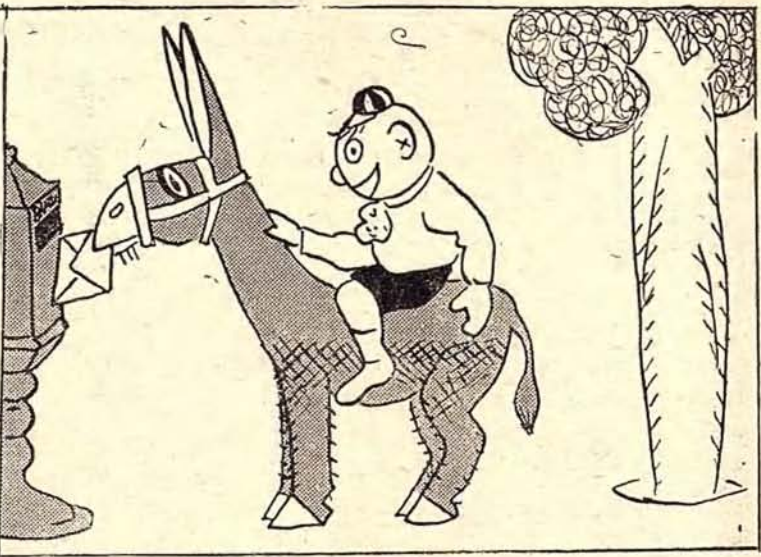
Se compra un orangután que es más buenazo que el pan.



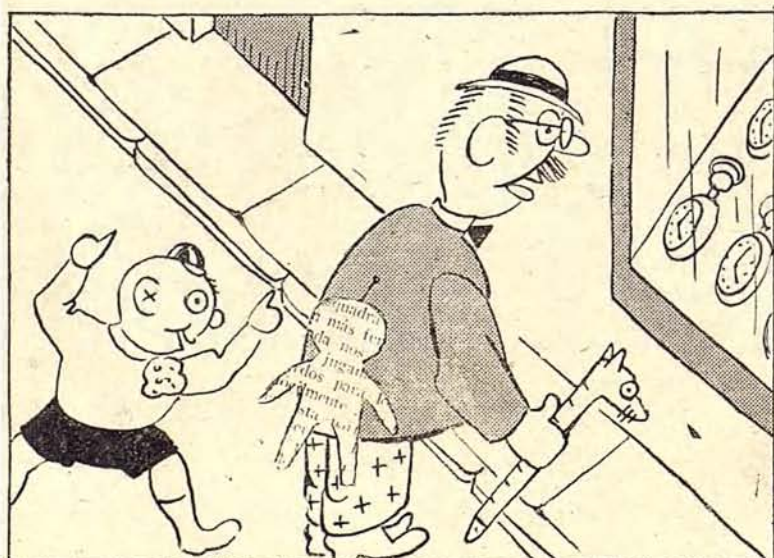
Para ganar las regatas, siempre se coloca a gatas.



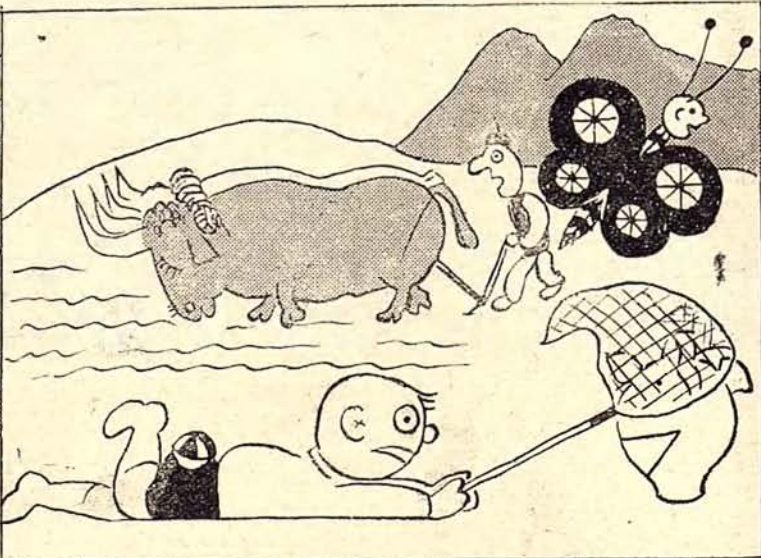
A su primita Pascuala linda muñeca regala.



Su jumento, según veo, echa una carta al Correo.



A un señor entretenido un muñeco le ha prendido.



Por coger la mariposa, tropieza y coge otra cosa.

Este ejemplar pertenece a

El Ratón Bombón

XVI. La cebada del burrito bueno.

Esa simpatía que sienten los niños por los burritos la siento yo también. Pero confieso que si esta vez me metí en una cuadra, fué porque tenía hambre y tuve ganas de comerme unos granos de cebada, que son muy sabrosos y de buen alimento.

Y que me colé por la gatera. Menos mal que en aquel momento no salía ningún gato, porque si sale...

El jumento, que era de un carrito de verduras, me pareció simpático. Se llamaba *Besugo*. Lo vi en un cartel que había sobre el pesebre: *Besugo*, decía.

El nombre me hizo gracia, porque no es de esos nombres tan vulgares y sosos ya, como *Lucero*, por ejemplo.

Pero yo iba a lo que iba. Trepé al pesebre, aparté la paja y me comí la cebada, ante el asombro de *Besugo*, que me miraba, me miraba con cara de susto, sin meterse conmigo el pobrecillo.

Descendí luego, y sobre un saco de paja nueva me quedé dormidito.

Ya tenía cama y comida para unos días. La cosa era variar de sitio. Porque a mí me gusta conocer mundo tanto como a Carloto Perra.

A la mañana siguiente, cuando el verdulero fué a enganchar el *Besugo* en su carrito, notó, no sé en qué, aunque me lo sospecho, que en la cuadra había ratones. Inmediatamente volvió a su casa, y trajo un cepo servido con queso. ¿Cepos a mí? ¿A mí con queso?...

Por la noche volvieron de las faenas, y volvió a poner otro buen pienso a su asno. Y se fué.

Pero como yo me había pasado el día aburrido, haciendo gimnasia en un alambre que atravesaba de lado a lado la cuadra, y en el cual se ponían los arreos, tenía un hambre terrible, y volví al pesebre, me comí la cebada, dejé la paja... y me fuí al saco a dormir.

Aun no me había dormido del todo, y me di cuenta de lo que pasó luego.

Besugo, que no era un santo, naturalmente, pero que era bonísimo, bonísimo, en vista de que la cebada se le había acabado sin probarla, empezó a oler por la cuadra, a ver si había algo más que comer. Y como viera que había queso en un rincón, alargó lo que pudo el ronzal, fué a cogerlo... y, ¡zas!, le cogieron el hocico los crueles alambres del cepo.

Yo brinqué del susto. Me dió pena verle... y me remordió mucho la conciencia, puesto que era culpable de su dolor.

Entonces, más ligero que el viento, subí al alambre de los arreos. Allí estaba el collarón con sus cascabeles. Comencé a hacerles sonar con todas mis fuerzas, como las campanas que tocan a rebato...

Y el dueño, que dormía en el piso de encima, se despertó, bajó, entró en la cuadra y salvó del daño a *Besugo*. Luego le ató más corto, y se fué.

Entonces el burro se decidió a decirme con su cara de bueno:

—Mira, ratoncito: mi amo es pobre; yo como poco... Si me quitas lo que me dan, acabaré por morirme de hambre...

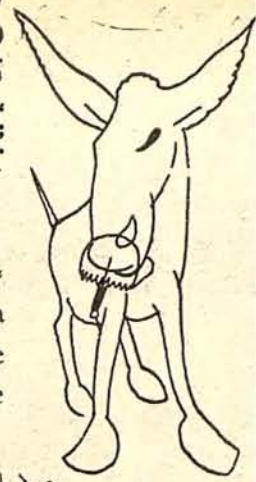
—Perdóname—le dije—; dormiré esta noche en el saco, y mañana me iré.

Así lo hice. Y todavía volví el jueves a llevarle un terrón de azúcar que encontré en el suelo de un café.

Se lo dejé en el pesebre, sin decirle que era mío. Que así se hacen las buenas obras de caridad.

Tenemos mucho interés en que todos los niños españoles concurren al concurso de la frase de Don Quijote.

En octubre empezaremos a publicar lindísimas obras de teatro infantiles.



MARIPOSA EXAGERADA, QUE NO SIRVE PARA NADA



Cuento, por José López Rubio :- Dibujos de Puyol

Esto era una mariposa más grande que las demás. Muy grande, muy grande, muy grande.

Cuando volaba, tapaba el sol.

Sus alas eran tan grandes y tan bonitas como los capotes de lujo de los toreros. ¡Qué colores tan lindos tenían aquellas alas!

Con el polvo que cubría aquellas alas, ese polvillo sin el que las mariposas no pueden vivir, se podían enharinar la cara veinte payasos.

Sus patas eran como bastones. No como bastones gordos, de señor mayor, sino como bastones ligeritos de pollo elegante.

Comprenderéis que para una mariposa así, tan grande, tan grande, la vida era imposible. Nada de lo que es habitual en las mariposas estaba en proporción con su tamaño. No podía posarse en las flores y libar en ellas. Si quería posarse sobre alguna flor, como era tan grande y pesaba tanto, el tallo de la planta se quebraba, y la flor, rota, se le deshojaba bajo las patas.

Probó entonces a libar de flor en flor, sin detenerse, volando despacito sobre las rosas y sobre las hortensias y llevándose de ellas lo preciso para su sustento. Pero era demasiado grande, y, por lo tanto, las flores demasiado pequeñas para ella. Le servían como golosina, como bomboncitos dulces, con gusto a flor, pero no para alimentarse con eso.

Empezó a buscar flores más grandes, las mayores que hubiera. Un loro le dijo, al verla tan preocupada:

—¿Por qué no buscas la Rosa de los Vientos? Ahí

tienes una rosa que debe ser muy grande, cuando tanto se habla de ella.

La mariposa, que no había estudiado Geografía, no comprendió la broma del lorito, y se echó por el mundo a buscar—preguntando, preguntando—la Rosa de los Vientos. Qué tonta, ¿verdad?

Alguien le aconsejó que, ya que le era imposible alimentarse de las flores mismas, bebiese esencias de flores, que hay en las perfumerías. Al fin y al cabo, venía a ser lo mismo. La mariposa, convencida, entró en una tienda y compró muchos frascos de esencias finísimas: heliotropo, clavel, jazmín, lilas...

Se lo bebió todo, y, como las esencias tienen mucho alcohol, se emborrachó de un modo espantoso y estuvo mala del estómago mucho tiempo, que es lo que les pasa a los borrachos.

Su situación llegó a ser insostenible. Como mariposa, no podía seguir viviendo, por más que hiciera. El mundo estaba organizado a escala de las mariposas normales, pequeñas. Una mariposa tan grande, tan grande, estaba fuera de lugar y empezaba a chocar a la gente.

Se le ocurrió disfrazarse de otra cosa, a fin de pasar inadvertida y poder hacer cuanto le viniese en gana, sin que nadie tuviese que criticar. Se compró muchas plumas, un pico postizo y unas garras, que se abrochaban y todo, como unos guantes.

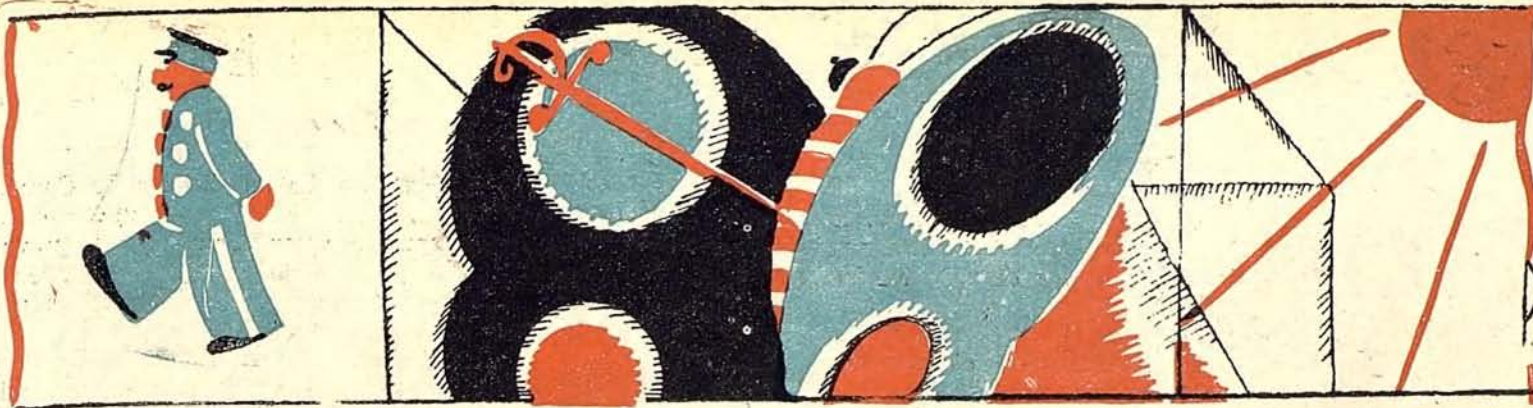
Quedó convertida en un cóndor bastante presentable. Ya nadie se extrañaba de ella, ya podía extender sus alas y volar, sin que se comentara su tamaño extraordinario.

Los bichos de la selva decían:

—Ahí va un cóndor. Y no se preocupaban de más.

Gozó entonces de libertad y de alegría. Cuando





sentía hambre, bajaba planeando, y no tenía más que coger una oveja y llevársela a su nido. Allí se comía la oveja y calmaba su apetito para una semana. Con la lana, se iba haciendo un jersey para el invierno.

¡Lo que hubiera dado que decir si hubiese hecho lo mismo cuando no era más que una mariposa! ¿Dónde se hubiese visto una mariposa comiéndose una oveja?

Pero también la felicidad nueva de la mariposa se veía turbada por otras incomodidades: los riesgos a que la exponía su cambio de personalidad. El primero y principal, los cazadores.

Cuando más tranquila estaba..., ¡Pum! ¡Pum!... Dos tiros de rifle pasaban silbando, con el sonido que les queda a los vasos de cristal cuando se les da un papirotazo. ¿No era un cóndor? Pues como a tal le disparaban las mejores escopetas de la comarca. Una vez, las balas calientes llegaron a arrebatarle el pico postizo, y tuvo que comprarse otro de cartón, como las narices que venden en Carnaval.

Por otra parte, los demás cóndores llegaron a sospechar de la mariposa. No es que estuviese mal disfrazada. Podía pasar muy bien por un cóndor; pero se decían:

—Nunca se ha llevado un hombre en sus garras. En las novelas de aventuras hemos leído que los cóndores siempre arrebatan del suelo a uno de los protagonistas. Todos hemos llevado hombres en nuestras garras, y no sólo indios, sino hasta gente de carrera: abogados, ingenieros... En cambio, a este cóndor nuevo nunca se le ha visto una presa de tal importancia...

Esta murmuración, que iba de pico en pico, llegó a oídos de la mariposa grande, grande. Era verdad, al fin y al cabo. Ella nunca había remontado el vuelo con un hombre entre sus patas.

—Tengo que cazar un hombre, para quedar bien. Buscaré uno, y cuando lo tenga, lo pasearé por delante de todas las aves, para que lo vean bien. Tengo que encontrar un hombre importante, de esos que hay, y que lleve un traje bonito.

Se echó a buscar entre los hombres importantes y los hombres de trajes bonitos. Pensó en Lindbergh, que es muy importante, pero iba siempre en un pájaro mucho más grande, que hacía mucho ruido. Pensó en un torero, que tienen trajes tan bonitos, pero para robar un torero hay que ponerse cerca de un toro, y eso...

Encontró un militar, que era un hombre importante y tenía un traje muy bonito. Lo esperó a que saliese de su casa, un día que era el santo del Rey, y no iba a tener más remedio que salir de gala. Cuando lo tuvo a tiro, lleno de bandas, de cruces, de plumas, de galones, de estrellas, de bordados, cayó sobre él y se lo llevó por los aires. ¡Ahora sí que iban a tener envidia los demás cóndores! Aquel húsar, al sol, brillaba como un farol encendido. ¡Ahora sí que...!

Pero el militar, muy valiente, sacó su sable y atravesó de parte a parte a la mariposa disfrazada.

¡Pobre mariposa! Revoloteó unos instantes, abatió sus alas, y vino a dar en el suelo... Y, mira qué casualidad: a pesar de ser tan grande, tan grande, tuvo el mismo fin que sus hermanas, las mariposas pequeñas. Así como éstas quedan ensartadas por un alfiler en las cajas de los naturalistas, ella quedó, atravesada por el sable del húsar, para siempre, en la vitrina de un museo de Historia Natural.

El sol, ahora, al atravesar sus alas, se viste de colores maravillosos, y deja en el suelo un charco de luz, como el de una vidriera de gran catedral.



El perro, el ratón y el gat

El pregonero

Carloto Perra en un fuego. Las respuestas de un payasito.



RESPETABLE público:
De orden del Exmo. Sr. Alcalde de Villacaballos de Cartón, todo "ciudadano" de menos de quince años está obligado a leer el próximo número de EL P., R. G. (EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO), que contiene algunas cosas de gran maravilla.

Así, por ejemplo, al publicar el último pliego de la Infantería villacaballense, nos ofrece los quintos, el médico, el cura y el asistente del coronel. La verdad es que el que colecciona todo el pueblo completo, con los 219 seres que hemos dado hasta hoy, poseerá una de las colecciones más amenas que puede poseer un chiquillo. Pronto empezará a publicarse Villaburrillos, alternando con Villacaballos.

Me he reído leyendo lo que cuenta Bombón en el próximo número: su caminata hasta las trincheras de una guerra de hombres. Se llevó buenos sustos el pobre.

En la última plana contesta un niño que quiere ser payaso, y hay muchas cosas de circo dibujadas. ¡Qué bonitas son esas planas de atrás! EL P., R. G. tiene pensado regalar a los niños que nos mandan dibujos los cuadritos originales de esas últimas planas.

Don Dedos hace desmayarse, asustada, a una cocinera. ¡Qué travieso es!

Esta vez el príncipe PP pasa un miedo imponente. Le cogen unos negros muy altos; le atan..., y pasa un pánico terrible. ¿Le mataron? Yo creo que no.

Tinita nos dice lo que a Chin y Bely les pasó con motivo de una sandía que se iban a comer con unas fieras..., y no se la comieron. ¡Y hay que ver cómo se incomodó un tigre viejo, chiquillos!...

El Mago Botijo cuenta a los chicos lo que son las Colonias infantiles. Habla con un niño que ha estado en una.

"El Eco de Villacaballos" publica su tercer número, dentro de EL P. R. G., y un sabio profesor escribe un artículo que nos refiere la vida de los murciélagos.

Y un colegial villacaballense publica en "El Eco" la aleyuya de un alambriero gordo que presumía mucho.

Y vienen las caricaturas del pollo Guinda y de Bombón de cuando estuvieron en Villacaballos.

Y, en fin, "El Eco" del sábado que viene relata un cuento gracioso, que se titula "La herencia del indio", en el que interviene Cincomanos.

Por cuanto a Carloto... ¡Si vierais lo que hace para salvarse de un fuego!... ¡Qué listo estuvo, amiguitos! Hay que verlo, hay que verlo...

El Pregonero.

Dos amigos montan en un vagón del tren y ponen sus equipajes en los asientos para que no venga a sentarse gente que les moleste en el viaje.

Entra un baturro y dice:

—¿Están "ocupados" estos asientos?

—Sí, señor.

—¿Entonces no son de "ustés" estos equipajes?

—No, señor.

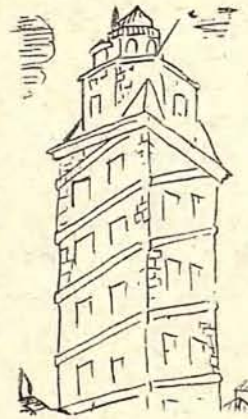
Al oír esta contestación agarra una maleta, la tira a la vía y se sienta.

Y los otros no tuvieron más remedio que acomodarse.

El gran viajero



La Coruña. Su capital y sus importantes poblaciones.



EL otro día me dirigí a La Coruña, que es ciudad importante y puerto magnífico, volando antes por la provincia, que tiene dos pueblos capaces de enorgullecer cada uno a cualquier provincia española: El Ferrol y Santiago.

¡Qué emoción, volar sobre Galicia, con sus costas llenas de rías o bahías; la tierra donde nacieron mujeres tan ilustres como Concepción Arenal, Rosalía de Castro, Emilia Pardo Bazán!...

Me gustaría que todos mis lectores visitaran La Coruña; ese puerto de Europa que mira a Nueva York.

Las muchachas son muy bonitas. Los hombres son inteligentes; tanto, que su tierra les es pequeña, y salen al mundo a vivir, y en todas partes del mundo se encuentran gallegos trabajando, coruñeses inteligentes, que van imponiéndose por su talento.

Entré en una pastelería a comerme unos pastelillos, porque tenía hambre, y di con un chiquito de La Coruña, de ojos azules, simpático, de hablar suave y dulce y de sonrisa triste, y me dijo:

—Lo que más admiro de mis paisanos es su humor irónico. Parece que toman el pelo a sus propias tristezas y a su vida, a veces difícil. Hoy hay por España dos humoristas gallegos muy famosos: Fernández Flórez y Camba.

—¿Y políticos?

—¡Muchos! Esta tierra da muchos políticos porque su inteligencia es despierta y de gran astucia.

—Háblame de La Coruña.

—La Coruña... Su fuerte torre de Hércules, antiquísima... La ciudad está como en un anfiteatro sobre la falda montañosa, llena de picos fortificados. Sitio de veraneo; mucha industria pesquera, ¡muchacha!; puerto de escala de todos o casi todos los barcos... La Coruña es una de las ciudades españolas más pintorescas, más bonitas; es verdad, chico.

—¿Y Santiago?

—¡Ah, Santiago!... Su plaza, su catedral, su Universidad. Fíjate bien en lo que te digo, y no lo olvides. Acaso la plaza de Santiago sea la más completa, la más hermosa, desde el punto de vista arquitectónico antiguo. ¡Qué edificios!... ¿No tengo razón?...

—Creo que sí. ¿Y El Ferrol?

—Pueblo grande, muy importante para la Armada española, porque es departamento marítimo. Y es que esta provincia es tanto de España como del mar mismo. Aquí están dos cabos importantes para el continente europeo: el de Finisterre y el de Ortegal. Los dos son coruñeses.

—La forma de la provincia es...

—Pues la forma de la provincia es la de un mono viejo con un poquito de barba; fíjate bien y lo advertirás.

—¿Y sus pueblos?

—Acuérdate de las Ortigas, de la Carne, del Puente Santifé y de un capitán de Corbeta; Ortigueira, Carballo, Negreira, Puente deume, Santiago, El Ferrol, Corcubión y Betanzos.

—Gracias, amigo.

La persona, el animal y el mueble

Concurso para los dibujos que se publiquen desde el 26 de julio hasta el 13 de septiembre. Premios: un paquete de libros al mejor, y un balón al más gracioso.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el maldito cesto:

1.ª—Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



289.—Ofelia Santonja. Madrid.



290.—Julio Morales. Madrid.



291.—Francisco García Carrasco. Arroyo del Puerto (Cáceres).



292.—Ofelia Santonja. Madrid.



293.—Josefa García Carrasco. Arroyo del Puerto (Cáceres).



294.—Guillermo Miralles. Madrid.



295.—Sarita Viñegla. Madrid.



296.—Blanquita Antón. Madrid.



297.—Angelita Antón. Madrid.



298.—José Luis Gómez Tello. Madrid.



299.—Sarita Viñegla. Madrid.



300.—Maximino Plateiro. Venta de Baños (Palencia).



301.—Angelita Antón. Madrid.



302.—Luis Coll. Gandía (Valencia).



303.—Carmen Villar. Badajoz.



304.—Carmen V. Gallardo. Badajoz.



305.—Carmen Serrat. Peñarroya (Córdoba).



306.—Luis Coll. Gandía (Valencia).



307.—Carmen S. Ramos. Ampudia (Palencia).



308.—Francisco Bejarano. Pozoblanco (Córdoba).



309.—Vicente Marín. Valladolid.



310.—Mario Coll. Gandía (Valencia).



311.—Fernando Collar. Madrid.



312.—Marco Antonio Collar. Madrid.

COMENTARIOS QUE HACE EL GATO A DIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

289. Muchas veces se dice: "He visto las estrellas", y significa dolor. Pero cuando las ha pintado Ofelia, es un placer.—290. ¡Magnífico cuadro, querido Julio! Bello paisaje y estupendas figuras.—291. ¡Che, qué gracioso está el perro! Con una perdigonada tan graciosa como la de Paco, da gusto morir.—292. He aquí el domador de gallinas. Y qué bien está la que come...—293. Esa chiquilla está muy bien. Y la pecosa de la culebrilla, superior, querida Josefina.—294. ¡Mucho! Buena figura. Pero lo mejor de Guillermo es el caminito y la hierba.—295. La chiquilla que, como Sarita, pinta ese pierrot, es que tiene buen gusto.—296. Bailando los peces. Te digo seriamente que está muy bien, Blanquita; tan seriamente, que "no" me río yo de los peces de colores.—297. Angelita llegará a pintar a maravilla

las calles de Madrid. Hay que ver cómo lo hace ya.—298. Está tan bien el cuadro de José Luis, que a mí me dan ganas de empujando al hombre.—299. ¿Quién ha venido al estupendo teatro de Sarita?... ¡Nadie! ¡Cuatro gatos!—300. Maximino es buen dibujante y especialista en los aritos de esos que limitan los macizos.—301. Me gusta mucho ese chiquillo pintado por Angelita. Pero si sigue tocando, acabaremos todos locos como la regadera.—302. ¡Ay, qué salao es Luis! Todo en sombras chinescas, menos la blanca cama.—303. Carmen tiene buenas caídas. No hay más que ver su dibujo. Pero la cortina tiene unas caídas superiores.—304. Me gusta ese humo hecho con cejas por Carmen; pero me gusta más el cerdito, y más el "tío".—305. ¡Oh, Carmencita! ¡Qué cazador tan maravilloso! ¡Qué burri-

to tan emocionante!—306. ¡Superior! ¡Estupendo! Un hombre con una pata de palo y una mona con tres patas de palo... en la mesa.—307. Pero, Carmen, ¡si esos pollitos hacen llorar, por lo bonitos y simpáticos que son!—308. He aquí cómo un caballo puede parecer un perro dogo, sin dejar de ser un caballo admirablemente pintado por Paco.—309. ¡Ay, Vicente, Vicente! Has tenido una idea "súper" y de actualidad.—310. Pues esto de Mario sí que hace llorar, como siempre que se ve un perro bueno, bueno de verdad.—311. Este jaco que ha pintado "Nando" está tan bien, que me da rabia no verle saltar.—312. Tienes un nombre sonoro: Marco Antonio. Y un dibujo admirablemente ampuloso. Pero qué susto le va a dar el ratón...

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Todo el pueblo de Villacaballos de Cartón



206



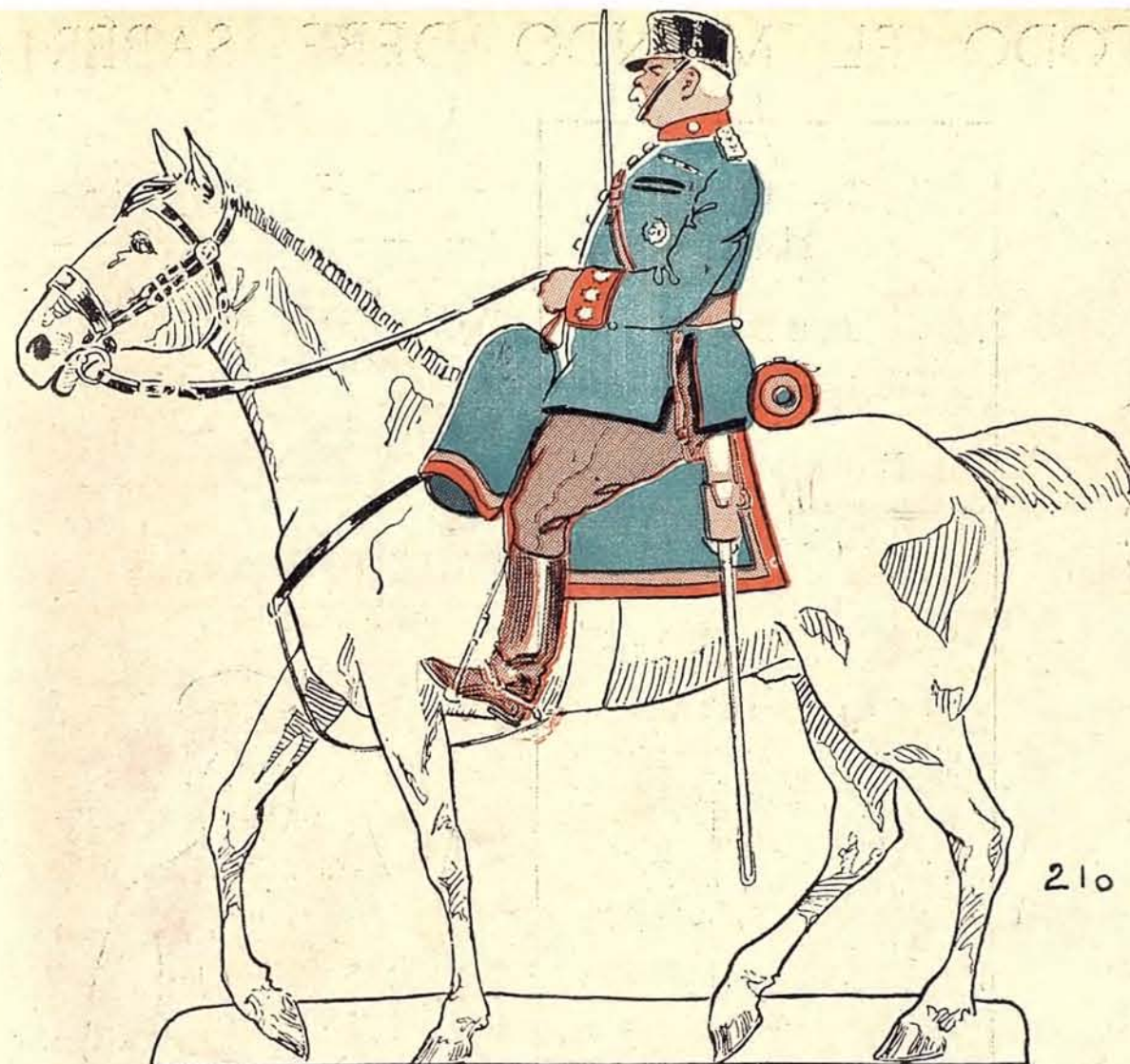
207



208



209



210



211



212



213



214



215



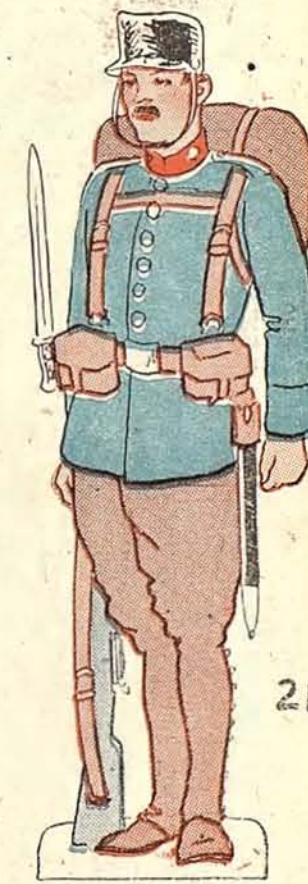
216



217



218



219

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 16 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

EL GATO ADIVINO

Cupón H para el envío de las soluciones correspondientes a los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

PLIEGO DIECISEIS.—Seguimos hoy publicando el regimiento de Infantería del Príncipe PP. Este es el regimiento que en la guerra de Villacaballos contra Fontanar de los Lebreles tomó una picota a cantazos; y en la guerra contra Villacampanilla, asustaron al enemigo fumando tres pitillos al mismo tiempo cada soldado, de noche, con lo cual los villacampanillenses creyeron que había triple número de soldados y huyeron; y en la guerra contra Carrilleritos fueron suavizando las furias y los jefes se daban jamón frito, avellanas y cigarrillos con el enemigo, y para los heridos celebraban consulta los médicos de ambos bandos, unos con otros.—206. Vicente, corneta que una vez mató un mosquito con un *fa*, al tocar diana.—207. Carmelo, corneta que toca a rancho tan bien que da hambre.—208. El capitán Sombrilla, que a un enemigo le iba a cortar la cabeza con el sable, y cuando ya iba lo pensó mejor; pero con la velocidad le cortó el tupé.—209. El cabo Pintado, sastre del regimiento.—210. El coronel don Abdón Matagatazos, que en el descanso de una guerra estaba comiendo un bocadillo de jamón; en esto un enemigo que se arrastraba le tiró un tiro que no le dió, y él le atizó con un pico de la barra del pan en la cabeza y le atontó. Es muy valiente, y no se quita de primera línea.—211. El teniente abanderado Piruli de la Piñuela, joven que defiende la bandera a mordiscos si es necesario, y que en campaña caza grillos con paja.—212, 213, 214, 215, 216, 217, 218 y 219. Los soldados Dionisio, Esteban, Agustín, Ramón, Santiago, Policarpo, Sebastián y Afrodísio.

CUPON para enviar un di-

bujo

No se remita sin saber bien las condiciones del concurso.

CUPON para enviar un di-

bujo

No se remita sin saber bien las condiciones del concurso.

LO QUE TODO EL MUNDO DEBE SABER

Por 5 pesetas

muchas revistas

Por 5 pesetas

muchas revistas



El almirante ha hecho la suscripción combinada, porque toda persona de buena posición social debe recibir todas esas revistas.

(Véase el anuncio.)

5 pesetas ponen en sus manos todos los meses

4 números de "La Raza"

revista gráfica semanal, reflejo de la actualidad palpitante en todas las manifestaciones de la vida nacional y extranjera. 40 CENTIMOS

4 números de "El perro, el ratón y el gato"

el semanario de las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas. El mejor periódico infantil de España. 40 CENTIMOS

4 números de "La Novela de Hoy"

que publica todas las semanas una novela corta, original e inédita, de una firma de alto prestigio literario. 30 CENTIMOS.

2 números de "La Gaceta Literaria"

publicación quincenal que abarca todo el movimiento literario de nuestra época, nacional y extranjero, de total integración hispánica. 30 CENTIMOS.

1 número de "Cosmópolis"

gran revista mensual de alta literatura y de información mundial. Arte, ciencia, teatros, deportes, cine, modas, etc., etc. UNA PESETA

1 número de "Libros"

Boletín mensual de la producción bibliográfica española e hispanoamericana. Todas estas publicaciones las ofrecemos en suscripción combinada especial por SESENTA PESTAS al año, que podrán pagarse mensualmente, a cinco pesetas, teniendo en cuenta que esta suscripción combinada especial sólo la admitiremos los meses de julio, agosto y septiembre.

Además, presentando en cualquier librería Fe el recibo corriente de dicha suscripción combinada especial, se obtendrá el 15 por 100 de descuento sobre el precio de la obra que se desee adquirir del fondo del catálogo C. I. A. P. (Editoriales Renacimiento, Mundo Latino, Estrella, Atlántida, Mercurio y Ciencia y Arte.)

Otendrá asimismo el suscriptor, merced a los concursos para señoras, para niños, para escritores, dibujantes y vendedores, premios de miles de pesetas, espléndidos regalos y juguetes.

LIBRERIAS C. I. A. P.:

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Plaza del Callao, 1. Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44, Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona.—Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla.—Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca. Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena. Librería Fe, Larga, 8, Jerez.—Librería Fe, Avenida de la Libertad (esquina a Idiáquez), San Sebastián.—Librería Fe, Real, 24, Coruña.—Librería Fe, Paseo de la Independencia, 23 y 25, Zaragoza.

D:
Residencia
Se suscribe a "Cosmópolis", "El perro, el ratón y el gato", "La Raza", "La Gaceta Literaria", "La Novela de Hoy" y "Libros", cuyo importe anual de 60 pesetas pagará por comenzando en el mes de
Fecha:

Firma:

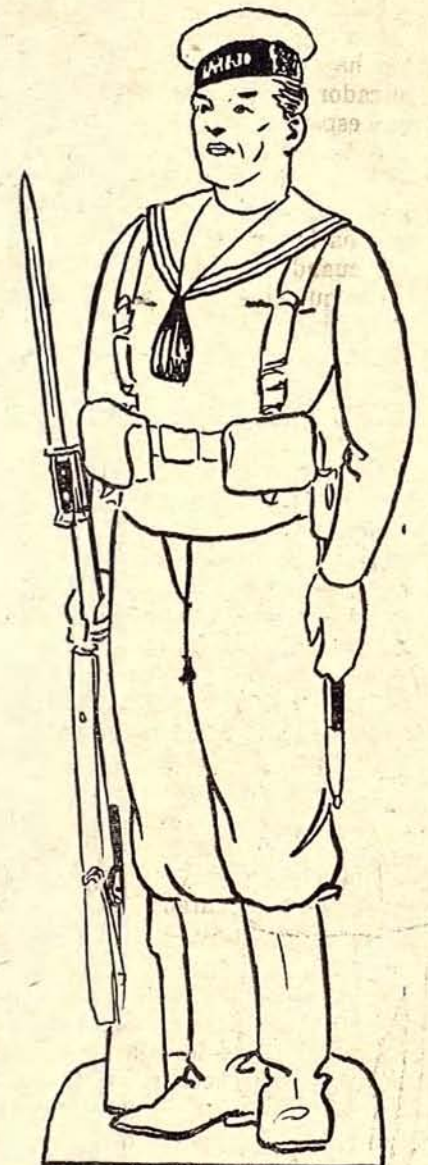
Ciap. Apartado 33. Madrid.

Por 5 pesetas

muchas revistas

Por 5 pesetas

muchas revistas



El marinero ha hecho la suscripción combinada, porque toda persona, de cualquier posición que sea, puede recibir esas revistas.

(Véase el anuncio.)

el perro,
el ratón y
el gato...

comen en un mismo plato

Mi querido Pepín: Estoy muy contento con eso de que en Villaquestos de Bola tengáis ya un deporte vuestro: el juego del chito.

No es mal deporte si tiráis con planchas pesadas y desde distancia, te lo aseguro. Lo de menos es el tino para la gimnasia. Pero conviene tener tino, porque así os gustará más jugar. Los deportes son un poco aburridos para el que los practica, hasta que se consiguen triunfos. Entonces gusta practicarlos porque siempre le parece a uno que va a triunfar. La pelota es juego valiente y bonito para los pueblos. Se corre, se juega el brazo, se da agilidad a todo el cuerpo con las mil flexiones... Debéis practicarlos en Villaquestos.

Me dices que si sé alguna anécdota de *Pitusín* te la cuente, porque en ese pueblo hay un niño que te lo pide, un admirador del pequeño actor cinematográfico español.

Pitusín merecerá una crónica aparte en EL P., R. G.; pero entretanto cuéntales la anécdota de Avila. Tenía que beber de una bota, y lo hicieron muy temprano, cuando aun no habían desayunado. Tuvo que beber primero; luego hubo que repetirlo por no sé qué falta de no sé quién. Después se repitió para tomar otro punto de vista..., y cuando lo iban a hacer en primer plano, *Pitusín* se negó a beber más. Estaba pálido. Sin comer nada, sentía una terrible repugnancia por el vino..., y ya había tomado casi demasiado.

Hubo que suspender los ensayos y las actuaciones. Luego pedía perdón a todo el mundo, porque es simpatiquísimo. Y es que, como es un actorazo, a veces los que ruedan las películas se olvidan de que, en definitiva, es un chiquillo, un pitusillo.

Sé otra cosa de cine: que José López Rubio, que escribe cuentos tan bonitos en EL P., R. G. (me refiero a EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO), y su colaborador Eduardo Ugarte, han marchado a Norteamérica, contratados por una Empresa de películas, para escribir en buen castellano los diálogos de las películas que se han de hacer en español. De este modo vendrán a España y llegarán a la América de nuestro idioma cintas habladas perfectamente hechas. Tú mira si se tiene ya interés por el cine hablado, ¿eh?

Ahora, un deporte que está muy en moda es el de las carreras de galgos. Claro que yo no sé por qué lo llaman deporte, puesto que el hombre no interviene nada, como no sea para mover una liebre mecánica a la que siguen los perros a enorme velocidad.

Con el deporte que no entro, querido Pepín, es con el de los tiros de pichón. ¡Pobres pichones!... ¿Tú darías alguna copa de plata al que matara más inocentes pichoncitos? Yo no. Y el gobernador de Villacaballos creo que se ha negado también; dicen que es una pena verlos morir apenas inician el vuelo.

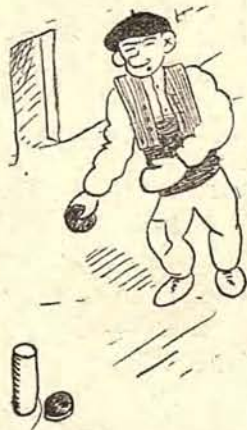
En fin, no hablemos de cosas tristes.

Te abraza

El pollo guinda



El chito. "Pitusín".
Cine sonoro.
Galgos. Pichones.



No todo son curiosidades en la Naturaleza, mis queridos lectorcitos. En la Naturaleza hay una cosa más importante que la curiosidad. Y es la utilidad...

Hoy vamos a hablar de los pobrecitos animales que nos regalan los trajes. Porque aunque a nosotros nos cuesten el dinero, no será porque las ovejas o las alpacas se aprovechen de las pesetas.

El hombre, en sus primeros tiempos, que era cazador, se vestía con las pieles de lo que lograba cazar. Pero luego se dedicó en casi todo el planeta al pastoreo, y desde entonces apenas si se viste si no es con lo que saca de esquila sus rebaños, a lo cual llama lanas. De este modo, no tiene que matar a los pobres animalitos, y además les saca un provecho casi siempre anual.

Los bichos que ofrecen su vestido para que nos vistamos nosotros son ciertas razas de cabras y carneros, las llamas y los camellos. Sin contar, claro está, la nutria, el topo, el zorro, la marta y otros, que dan, con su vida, la piel para el lujo.

Sin embargo, no se crea que al esquilárselos les privamos demasiado de lo que la Naturaleza les da, puesto que se les esquila poco antes de que se les vaya a caer el pelo; cosa que sucede al entrar el verano.

Es curioso que así como en todo se nota el avance de la civilización, en la calidad de los trajes no, puesto que nada se ha inventado que sea mejor que la lana bien tejida.

El vestido de lana no da calor al cuerpo; lo que hace es impedir que se vaya el calor natural del cuerpo humano. Es importante que os fijéis en ello. Además impide la humedad, porque la absorbe.

Australia produce quinientos millones de kilos de lana de oveja anuales. Europa, cuatrocientos millones. La Argentina sola, doscientos cincuenta millones.

La mejor raza para la lana es la oveja merina, de pelo en la cara y lana corta, pero muy apretada, que antes era exclusiva de España; los que la cultivaban tenían privilegios del Estado y llevaban sus rebaños *trashumantes*, o sea que veraneaban en las montañas del Norte e invernan en Andalucía. Esto se ha demostrado ahora, que degenera la raza poco a poco.

En el siglo XVIII exportaron ovejas merinas a Francia y Alemania, donde hoy las cultivan admirablemente. Luego las adquirieron para la Argentina. De modo que hoy viven en el mundo entero, dando cada una, aproximadamente, seis kilos de lana al año.

En Cachemira hay unas cabras que ofrecen una lana famosa por su finura. También existen las llamadas de Angora, de lana muy blanca, que limpian los pastores constantemente.

Cuando se descubrió América, se cultivaba en el Perú la alpaca, que es una especie de llama, para esquilarla. También es buena la lana de la gamuza; pero es animal salvaje y hay que matarla.

Del cuello y joroba del camello se saca alguna lana, que cultivan los africanos. — *Oocorolo Reptil.*

El naturalista



Los animalitos que nos regalan nuestros ricos vestidos.

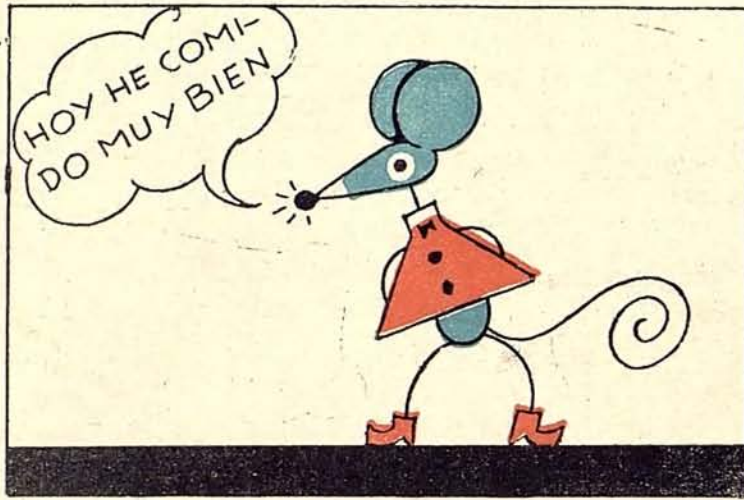
Carnero merino.



Alpaca.

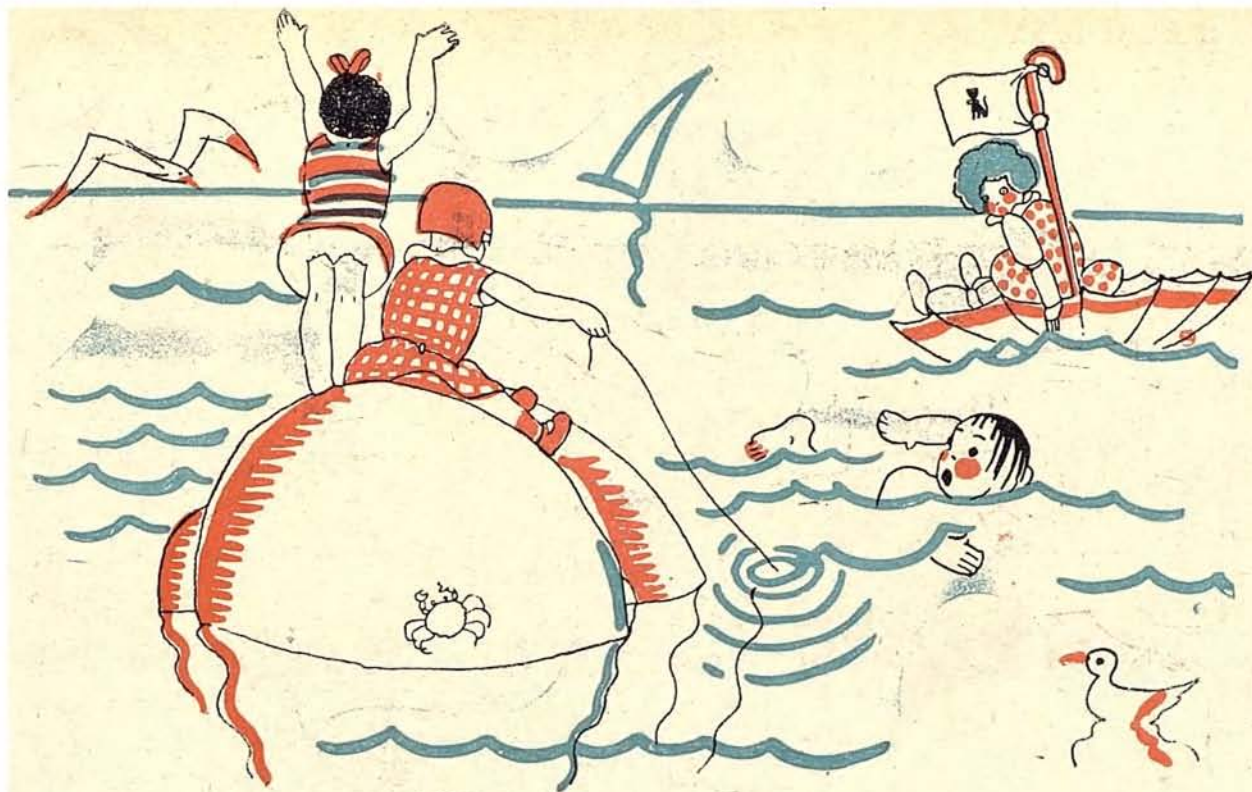


LOS TRUCOS DEL RATÓN D. PACO



L.R.

Los domingos de Chin y Bely



Apenas salieron las dos amigas, casi casi hermanas, fuera de la ciudad, fué Bely y dijo:

—¿Sabes una cosa?... Que me están dando ganas de que nos vayamos al mar. Hoy está el día tranquilo. Nos iremos hacia las rocas, ya que la playa pilla lejísimos... ¿Te parece bien?

—Me parece admirable. Pero a mí no me preguntes nunca, porque yo no soy más que una muñequita—le respondió Chin.

El caso es que esta vez no subieron al bosque. Se fueron hacia las rocas del mar. Y allí se encontraron con quien pasar el rato, por que había un niño y una niña, hermanos, que estaban desnudándose y debajo tenían su trajecito de baño.

Una niñera ayudaba a los niños en sus arreglos de vestimenta para tirarse al agua. Y el chiquillo, que se llamaba Juanito, se tiró inmediatamente, con gran afición.

Luego se coló en el agua la nena, Blanquita, que no sabía nadar muy bien y se agarraba a una cuerda que sostenía la niñera.

Chin y Bely estaban encantadas con aquello, y Bely se descalzó para andar por allí y meter los pies en el agua fresca.

Saltaba un poco la espuma del agua y llegaba a la cara de Chin, y la muñeca y las niñas estaban divertidísimas. Y hasta había peces que, al conocer que allí estaba la niña que sabía hablar con los animales, brincaban sobre el agua, jugando con ellas, dándolas pequeños sustos y haciéndolas reír.

En esto se oyeron los gritos de Juanito:

—¡Eh! ¡Socorro! ¡Un pulpo me ha cogido los pies! ¡Qué horror!...

Bely pensó:

«Yo venía hoy sólo a divertirme, y voy a tener que actuar de persona benemérita. Salvemos al niño.»

Entonces llamó a unos cuantos peces que había por allí, y cuando todos estaban con las cabezas fuera del agua, escuchándola, les dijo:

—Llegaos a ese tonto de pulpo, y le decís de mi parte que está aquí Bely, la amiga de todos los bichos, y que haga el favor de soltar a ese muchacho.

Corrieron los peces, obedientes, y Juanito aún seguía pidiendo socorro; pero del agua salían burbujas, y al casarse como huevos cada burbuja, salían grandes carcajadas...

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!...

Bely se quedó pálida. Sin duda, iban a fracasar esta vez sus buenas intenciones. Por eso llamó a otros peces y a una merluza que parecía formal, y les rogó lo mismo; pero volvían a salir burbujas, sin duda de los peces, todas ellas haciendo:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!...

La niña Blanquita lloraba y decía:

—¡Ay, qué horror! ¡No te hacen caso!...

Como Bely no sabía nadar, volvió en el agua la sombrilla de la niñera e intentó montar; pero pesaba demasiado.

Entonces montó Chin, y la muñeca se encargó de hablar al pulpo. Llevaba un pañuelo extendido para que el aire la llevara hacia el niño.

Y llegó, y Juanito se puso la muñeca en la cabeza, para que no se mojará; cogió la sombrilla, la cerró, y empezó a atacar con la contera al pulpo maldito.

Le pareció que ya no había tal pulpo, y se fué a la roca, con Chin en la cabeza.

Y en llegando salió..., y se encontró con que se le había olvidado quitarse una bota, y eso creía él que había sido el pulpo que le ceñía el pie.

Entonces reían Chin, Bely, Juanito, Blanquita y la niñera tanto como antes reían los peces. Y volvieron riendo todo el camino; tanto reían, que les ladraban los perros de los l-janos rebaños.

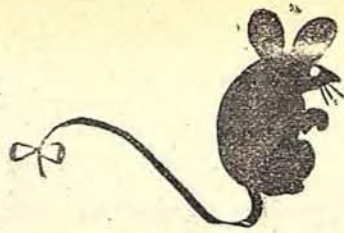
Y Bely compró a Chin una sombrilla estupenda.

Tinita

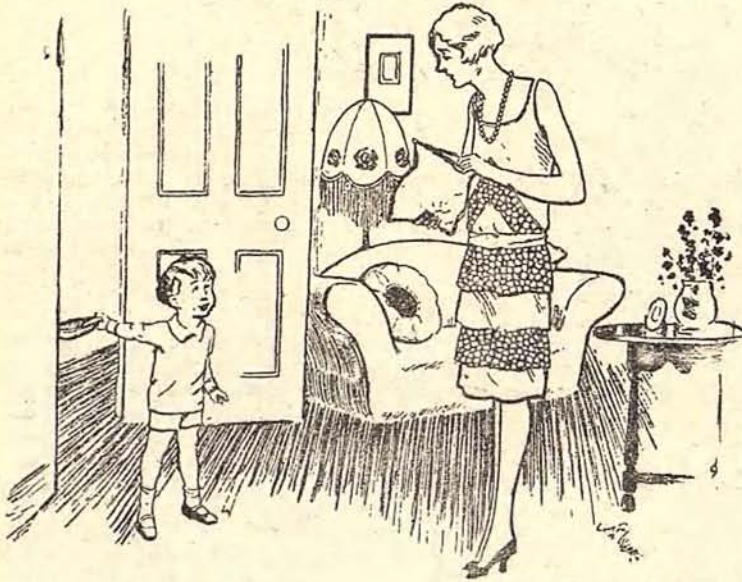




Vengan chistes



Vengan chistes



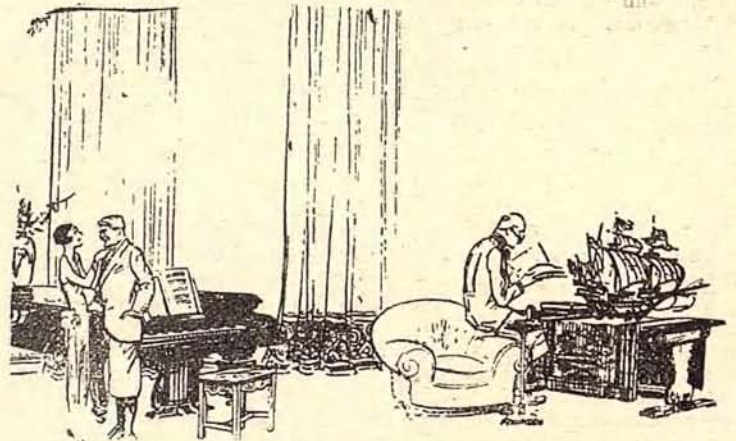
—¿Pero hijo, por qué has traído pastas, si yo te mandé que trajeras pan de viena?
—Porque me dijeron: "Niño, ¿qué deseas?"... Y lo que yo deseaba eran las pastas...



Quando los aeroplanos sean de alquiler, y se midan con taxímetros, darán éstos vueltas cuando los pilotos quieran que suba todo lo que pueda la cifra.



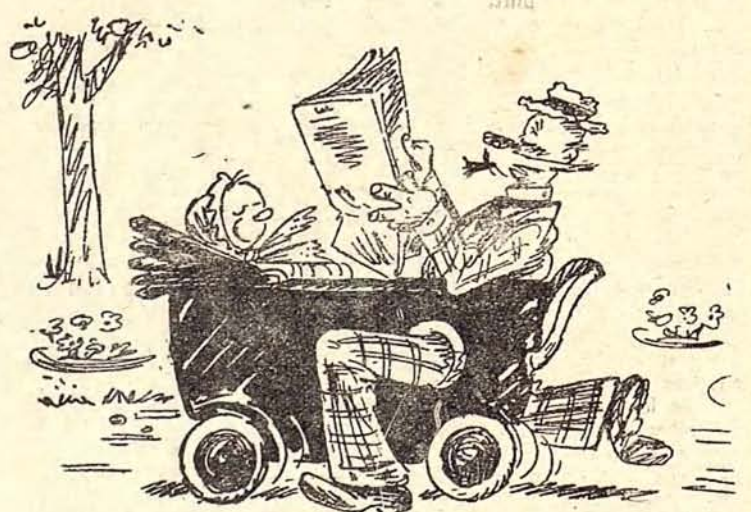
—¿Por qué se arremolinan?
—Porque han chocado dos automóviles.
—¿Y cómo ha sido eso?
—Pues porque los dos trataban de atropellar a un señor que iba leyendo el periódico.



—Oye, papá: cuando me case con Manolito ¿me dejarás llevarme a mi casa el piano?
—Sí, hijita; ya lo creo. Pero no se lo digas a él, no sea que no quiera casarse.



—Pero, Amalia, ¿no decías que te daban mucho miedo los toros?
—Sí, pero ya ves lo segura que una va en automóvil.



Procedimiento empleado por un señor perezoso para llevar al niño de paseo y poder ir leyendo el periódico.

el perro,
el ratón y
el gato...

Un especie bosquecillo de algodoneros arborescun-
número de asientos de mamposteria de un estilo pecu-
número de asientos de mamposteria de un estilo pecu-
número de asientos de mamposteria de un estilo pecu-

La casa y jardín no tenían más que una entrada, que
consistía en una verja muy fuerte de madera que, según
mis observaciones, estaba siempre cerrada, y, para ma-
vor seguridad, con una barra puesta.

No tenía deseos de salir fuera. El jardín, que era muy
grande, había hasta entonces formado el límite de mis
pasos, a los cuales me habían acompañado a menudo
Yoe y su madre, pero con mucha más frecuencia Yoe
sola.

En aquel sitio había muchos objetos de interés. Esta-
ba ruinoso y hasta la misma casa tenía señales de otros
tiempos mejores. Era un gran edificio construido a la
española, con su azotea y su parapeto con troneras por
todo el frente. Algunas de las torrecillas de piedra de
este parapeto se habían caído, lo cual probaba hasta la
evidencia el abandono en que se hallaban.

El jardín presentaba también los mismos síntomas en
toda su extensión: sus ruinas eran el más claro testimo-
nio del gran cuidado que le habían dedicado en otro
tiempo.

Las estatuas que había caídas, las secas fuentes, los
estanques, los cenadores ruinosos y los caminos cubier-
tos de hierba, atestiguaban su primitiva grandeza y su
abandono presente. Existían allí muchos árboles de es-
peces exóticas singulares, pero el aspecto que presen-
taban era silvestre, así como sus frutos y follaje; cre-
cían en bosquecillos impenetrables, porque sus ramas es-
taban entrelazadas. Sin embargo, era bellísimo el as-
pecto que presentaba aquel agregate panorámico, donde los
sentidos tenían también el goce del aroma de miles de
flores que flotaban continuamente en la atmósfera.

La cerca del jardín llegaba hasta el río, donde termi-
naba, porque la orilla estaba cortada verticalmente y el
ficiente por aquel lado.

Una tarde, como acostumbrábamos, nos sentamos bajo
la solemne sombra de los árboles.

Teníamos con nosotros la guitarra y la mandola, pero,
después de arrancar de ellas algunas notas, olvidamos
la música, y dejamos los instrumentos sobre la hierba
a nuestros pies.

Nos gustaba más oír la música de nuestras voces;
preferíamos expresar nuestras ideas a las ideas de can-
ciones, por gratas que éstas fueran. Bastante teníamos
con la música que nos rodeaba: el zumbido de la abeja
silvestre, al tiempo de despedirse de la corola que se iba
cerrando; el "hup" de la grulla en la distante espesura
y el dulce arrullo de las tórtolas en las copas de los pró-
ximos árboles, contándose como nosotros sus amores.

El otoño no había impreso aún su tono al bosque,
cuyo follaje estaba pintado de variada verdura. Los altos
árboles dejaban caer su sombra sobre la superficie del
agua que se deslizaba silenciosa. El sol se había ocultado
ya, y la cúpula de El Paso brillaba como una estrella.
Yoe y yo la contemplábamos.

—La iglesia!—murmuró mi compañera como si habla-
ra consigo—; apenas tengo una idea de lo que es, hace
tanto tiempo que no he estado en ella!

—¿Cuánto tiempo hace?—la pregunté.

—¡Oh! muchos años; yo era muy niña entonces.

—¿No habéis salido de este cercado desde aquella épo-
ca lejana?

—Sí; papá nos ha llevado a mamá y a mí en el bote
por el río; lo ha hecho muchas veces, pero no ha sido
así últimamente.

—¿No tenéis deseos de salir para recorrer esos alegres
bosques que vemos desde aquí?

—No lo deseo; estoy contenta aquí.

—¿Pero lo estaréis siempre?

—¿Por qué no, Enrique? Si estáis a mi lado no es po-
sible que deje de ser feliz.

—Pero cuando...

Pareció que una nube sombría cubría la frente de Yoe.
Embargada por el amor, no había reflexionado nunca en
la probabilidad de que me separara de ella, ni a mí tam-

La casa que habíamos estado situada en el centro
de un cercado cuadrangular que descendía gradualmente
hasta la orilla del río de El Norte. El cercado se com-
ponía de una elevada y gruesa pared de adobe, que ser-
vía de límite a un jardín. Sobre la tapia crecía una línea
de cactus que extendía sus brazos llenos de espinas for-
mando un caballo de frisia enteramente impenetrable.

Luz y sombra.

CAPITULO IV

La pluma no pudo trazar lo que experimenté en aquel
instante. Estábamos sentados muy juntos para poder
mirar los dibujos, que sujetábamos entre los dos. Mi ma-
no se deslizo sobre el papel hasta que estuche con ella
los dedos de mi compañera. Una emoción extraña siguió
a aquel contacto eléctrico; el papel se cayó al suelo y,
lleno de orgullo, aunque estaba temblando, rodeé el cuer-
po de Yoe con mi brazo.

—¿Es eso amor, Enrique?

—Sí.

—Entonces yo debo amaros, porque por todas partes
veo vuestra cara tan bien como si os tuviera delante.
Si supiera manejar el lápiz, como vos, estoy segura que
la reproduciría aunque no os viera. ¿Creéis que tengo
amor por vos, Enrique?

—¿Es eso amor, Enrique?

—Así es—la dije entristecido, al ver el poco efecto
que le habían causado mis palabras.

—¡Oh! ¿Es esa vuestra razón? Entonces cuando
tío, y no puedo dibujar otro. ¡Es que... os amo, Yoe!

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

—Entonces, miña, voy a decirlo.

Y al mismo tiempo examinaba, palpítandome el corazón con violencia, si las significativas palabras producían alguna impresión en la joven. Más de una vez dejó el instrumento, desengañado y triste.

Pasaron por mi mente extrañas reflexiones. ¿Sería posible que Yoe fuera demasiado joven para comprender la importancia de la palabra amor, y para ser inspirada con una pasión? No tenía más que doce años de edad, pero era hija de un clima muy cálido, donde es frecuente ver a sus esposas y aun a la madre. Pasábamos los días juntos y solos. El naturalista estaba ocupado con sus estudios, y la silenciosa madre con las tareas de su casa.

El amor no es ciego. Quizás lo sea para el mundo exterior, pero para su objeto es tan vigilante como Argos. Tenía alguna habilidad con el lápiz, y la empleé haciendo muchos bocetos, entre los cuales había algunos donde ponía mujeres en posturas distintas y con diferentes trajes. Hasta cierto punto, todas ellas se asemejaban; las caras eran siempre las mismas.

La joven, sin advertir la causa, había observado esta peculiaridad de mis dibujos.

Un día, que estábamos juntos, me hizo esta pregunta: —Observo que todas estas damas se visten de distinto modo, sin duda porque pertenecen a naciones diferentes; sin embargo, todas las caras se parecen; sus facciones son las mismas, si no me engaño.

—Es vuestro retrato, Yoe; no puedo dibujar otra cara que la vuestra.

La joven fijó en mí sus grandes ojos, en los que se veía una expresión de inocente asombro, pero sin que pareciera el rubor en su rostro.

—¿Se me parecen estas caras?

—Sí, tanto como me es posible hacer que se parezcan a vos.

—¿Por qué no dibujáis otras caras?

—Porque... Yoe, temo que no comprendáis la razón que tengo para no hacer lo que me decís.

—¡Ah, Enrique!—exclamó la joven—; no creáis que soy tan torpe. ¿Acaso no comprendo lo que me contáis

sus palpitaciones secretas y silenciosas; podréis ser el héroe de mil lenguas, pero aquel que ha logrado dejar una impresión en su corazón, será su héroe, más elevado y más noble que todos los demás. En ella no hay reserva, razonamiento, precaución ni astucia; sólo cede a la mística atracción de la naturaleza, y, cediendo a su influencia, lleva su corazón al altar aun cuando sepa que va a servir para un sacrificio.

¿Es esto lo que sucede con la hermosa, con la coqueta? No. Si sois rechazados una vez por ella, no debéis entregaros a la desesperación. Quizá poseáis cualidades que cambiarán un día su ceño por una sonrisa. Llevad a cabo empresas grandes, adquirid fama, y el desprecio que os hicieron antes se trocará en humildad ante vuestras plantas.

Sin embargo, puede llamarse a esto amor, y aun amor fuerte, fundado en una cualidad intelectual, o tal vez física, que habéis probado que poseíais. Es un amor guiado por la razón, y no por el instinto misterioso que dirige al primero.

¿En cuál de estos amores puede el hombre colocar su triunfo a mayor altura? ¿De cuál de ellos puede considerarse más orgulloso? ¿Del último? No; no existe un hombre que no prefiera ser amado por sus prendas físicas, con preferencia a las de su inteligencia. Nadie me acuse porque haga esta declaración; nadie niegue mi aserto, porque es verdad. ¡Ah!, no existe goce más dulce, triunfo más grato que el de estrechar contra nuestro pecho la temblorosa cautiva, cuyo corazón palpita al impulso de las sensaciones de un amor primero.

Estas reflexiones no se me ocurrieron en aquella época; era yo demasiado joven para razonar de esta manera, demasiado inexperto en la diplomacia del amor. A pesar de esto, cavilé bastante y me tracé diferentes líneas de conducta, para procurar descubrir si mi amor era correspondido.

Había en la casa una guitarra, cuyo instrumento había aprendido a tocar cuando muchacho. Con este medio pude proporcionar algunos ratos de música a Yoe y a su madre. Les cantaba canciones de mi país, de amor,

bien tallado una escalinata, casi oculta por los arbustos, que descendía hasta la superficie del agua.

Desde este punto tan sólo podía extenderse la vista más allá del cercado. El espectáculo era magnífico, porque dominaba las ondulaciones del río hasta una distancia de algunas millas.

El país que se descubría parecía ser agreste e inhabitado. Tan lejos como podía alcanzar la vista, preciosos bosques de algodoneros cubrían la tierra, extendiendo sus suaves sombras sobre las ondas de El Norte.

Hacia el Sur, muy lejos, cerca de la línea del horizonte, una torre solitaria se elevaba sobre las copas de los árboles. Era la iglesia de El Paso del Norte, cuyas colinas, cubiertas de viñedos, se podían ver levantando las Montañas Rocosas, la misteriosa cordillera de los Organos, cuyo sombrero lago sobre la cumbre, con sus mareas, inspira al solitario cazador un terror supersticioso. Al Oeste, tan bajas que apenas podían distinguirse, estaban las cadenas gemelas de los Mimbres, esas montañas de oro en cuyos desfiladeros destieros resuena rara vez el eco de las pisadas del hombre. Hasta el atardecer tampoco fuece a un lado cuando llega a esa tierra desconocida que se extiende hacia el Norte desde el Gila: la tierra de los apaches y de los canibales navajos.

Todas las tardes íbamos al bosquecillo de algodoneros, y sentados en uno de sus bancos contemplábamos juntos la puesta del sol. En aquellos momentos estábamos siempre solos.

Mi dulce compañera había dejado de ser una niña para mí; me parecía que había crecido, y que sus formas se habían desarrollado tomando las de una mujer. Parecióme también que su color era más vivo, que todo su semblante despedía una brillantez radiante y que la luz que ella un cambio tanto en la mente como en el cuerpo. Era la mística transformación del amor: estaba bajo la influencia de sus dios.



página del gato adivino



Concurso de pasatiempos para los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16
dedicado a

LOS JUGUETES DE MANOLITO

Hoy se termina este concurso parcial, y preparo grandes cosas para el próximo.

Los que han dado, o creen haber dado con las 24 soluciones de los últimos ocho números (éste inclusive), que envíen los ocho cupones y las soluciones, sin cartas, explicaciones ni retóricas. Sólo 24 números, y a continuación las 24 soluciones muy claras, y después, más claro aún, el nombre y las señas.

A ver quién se gana el precioso automovilito y los paquetes de libros.

La pregunta del juguete

(Pasatiempo núm. 22)

Manolito ha cogido varias figuras del Nacimiento, que estaban en la guardilla, y dos de ellas están rotas; pero las arregla Manolito.

Y yo pregunto: ¿a cuál ha pegado un brazo y a cuál ha pegado una oreja?



La cometa en Andalucía

La cometa de Manolito es arrojada al viento todos los domingos, y cuando está en el aire, se le corta la cuerda y se la suelta. Y esta vez resulta que cae en un pueblo de Huelva, cuyas letras cambiadas son:

MAOTANYE

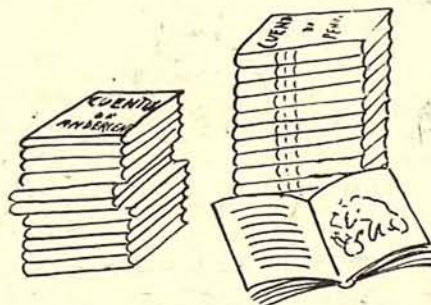
¿Qué pueblo es?

Las cuentas de los juguetes

(Pasatiempo núm. 24)

A Manolito le han regalado muchos cuentecitos. Le deja la mitad a un amigo, siete a otro, a otro la mitad de los que le quedan, y otros siete a otro. El se queda con siete también. ¿Cuántos cuentos le regalaron?

Para resolverlo véase este problema en el número 9, y después compruébese con cuidado.



Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XLVI, XLVII y XLVIII, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"Perdonadme, hermosas damas, si algún desaguisado por descuido mío os he fecho, que de voluntad y a sabiendas jamás le di a nadie."

Encontraréis el cupón en otra página de este número. Las bases se publicaron en los cuatro primeros números.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

L A R A Z A L A M E J O R R E V I S T A

LAS MEJORES FIRMAS :: LA DE MEJORES
PREMIOS :: LAS MEJORES FOTOGRAFÍAS
LA DE MAS ACTUALIDAD :: LA MAS AMENA

LOS JUEVES 40 CTS.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



Es verdad que Ricardo Hernández Castro tiene ya trece años. Pero no hay que negar que ha sabido contestar como uno de cincuenta. Dice:

—Yo quisiera ser un buen abogado, que con sus razonamientos pudiera salvar del presidio a esos pobres hombres que por su poca cultura, por no haber ido a la escuela, cometen robos o crímenes que los que leen y estudian no cometen jamás. También quisiera ser abogado para ser político; hacer leyes justas...; y porque me gustaría tener un partido, una multitud que me siguiera y creyera firmemente en mí; lo confieso.

—¿Y si no tuvieras carrera?

—Sería pastor. Entonces la multitud sería de ovejas; pero me seguirían también fielmente. Pastor que supiera leer.

—¿Cuál es el animal que más te gusta?

—La golondrina... ¡Cómo me gusta verla hacer el nido, y volar, y trinar, y pasar cerca del suelo como una flecha!...

—¿En qué te gastarías las mil pesetas?

—En una motocicleta.

EL MAGO BOTIJO

(Dib. de Alonso.)